

ciones por su parte, declaró que la mediación propuesta por Prusia tropezaría en París con tres graves obstáculos: el partido jacobino, la influencia de Inglaterra y las intrigas de Austria. En efecto, esta última potencia negociaba secretamente con el Comité de Salvación pública, si hemos de creer al príncipe Colloredo, vicescanciller del Imperio, el cual comunicó al encargado de negocios de Baviera que las potencias beligerantes estaban casi de acuerdo, y que probablemente el elector tendría que sacrificar parte de su territorio. Súpose también en los primeros días de Enero, que el hermano del emperador, el Gran Duque Fernando de Toscana, enviaba al caballero Carletti á París para tratar de la paz. De la paz ¿entre quienes?: evidentemente, dada la armonía que reinaba entre Thugut y Manfredini, entre Francia y Austria. Todo esto pone de manifiesto que cada uno de los coligados, dando la alianza por rota, trataba de ganar la mano á los otros en concertar la paz con la República vencedora, para obtener mayores ventajas, lo que ponía á Prusia en la necesidad de tomar una pronta resolución.

Por desgracia, eran muy varias y divergentes las opiniones en la corte de Berlín. El anciano Finkenstein aconsejaba no ceder una pulgada de terreno en la ribera izquierda del Rhin, aun á trueque de tener que sostener en la primavera una nueva guerra con Francia. Totalmente contrario á éste era el parecer de Albenleben, para quien la salvación estaba en acceder á lo que pedía el Comité de Salvación pública, y preparar, ya que no concluir, la alianza franco-prusiana cediendo las provincias rhenanas, á condición de que Francia garantizase á Prusia la posesión de todos sus restantes Estados y la extensión de sus dominios en Polonia hasta el Vístula. Uno y otro parecer eran, por lo radicales, peligrosos. Por el primero, Prusia se habria indispuerto con la República; por el segundo, con Austria y Rusia, y en ambos casos, la paz le hubiese acarreado una nueva guerra. Más claro que sus consejeros vió en esta ocasión el rey. Desde la triste campaña de Polonia, Federico Guillermo hallábase triste, abatido, no bien de salud y con tendencia invencible al reposo. Sólo mostraba energía en rechazar todo lo que tendiese á aliarle con Francia. La Revolución habíale infundido horror á todo lo que trascendía á francés; no admitía en su palacio cocineros franceses, ni consentía bailarinas francesas en los teatros, y el mundo entero que se le hubiese ofrecido, lo habria rechazado antes que acceder á reconciliarse con la Convención. En cambio, con ser tan tirantes y espinosas sus relaciones con Austria, no podía habituarse á la idea de romper con el emperador, al que, como gibelino y príncipe del Imperio, conservaba en el fondo de su alma un resto de la antigua fidelidad. Tampoco se atrevía á separarse por completo de la emperatriz Catalina, ni á renunciar á la esperanza de ver restablecida algún día la concordia entre Prusia y Rusia. Estos diversos sentimientos se condensaban en un vehemente deseo de desenredarse cuanto antes de la guerra con Francia, sin privarse por ello de los medios de restablecer su amistad con las cortes de Viena y de San Petersburgo. Haugwitz se encargó de dar

forma diplomática á los reales deseos, redactando las instrucciones para el conde de Goltz, en las que se limitaba á declarar la sorpresa que le habían causado al gabinete de Berlín los planes de conquista manifestados de repente por la República francesa, y que no se consideraba el soberano de Prusia con autoridad para resolver sobre el particular, entendiéndose que la cesión de la margen izquierda del Rhin no debía discutirse hasta que se tratase de la paz general, ni ser objeto, por tanto, de un arreglo separado entre Francia y Prusia. Esta declaración expresaba fielmente el pensamiento del rey, en cuya confianza Haugwitz ocupó desde ahora el primer puesto. Sin duda, no implicaba esta instrucción la cesión definitiva de las provincias rhenanas, pero era un acto de debilidad; la renuncia de Prusia al papel de potencia de primer orden y á la influencia que había ejercido hasta entonces en los asuntos de Alemania. Salvábase, es cierto, de la nota de deslealtad para con Austria y de traición para con Alemania, pero se condenaba á una completa nulidad política. ¿Tan apurada era la situación de Prusia que justificase semejante suicidio? Quizás no. Muy grande era en lo interior la postración de su hacienda y el desaliento de su ejército; mas obsérvese que no había hecho esta nación, desde mil setecientos noventa y dos, la tercera parte de los esfuerzos que Francia en un año para levantarse del más profundo abatimiento al primer puesto de Europa, y que la Prusia de Federico Guillermo distaba poco de la del gran Federico para que hubiese perdido sus maravillosas energías. En lo exterior, había un punto negro: la posibilidad de que, no concertándose Prusia y Francia, Austria no vacilase en asegurarse la amistad del Comité de Salvación pública cediéndole la ribera izquierda del Rhin, y entonces la situación de Prusia sería verdaderamente desesperada: dentro, debilitada por tres años de guerra, y fuera, en lucha con Rusia por lo de Polonia indispuerta con Inglaterra desde Otoño y reunidas contra ella las fuerzas del emperador y de la República. Pero, al lado de este aspecto, que aconsejaba la paz, estaba la situación de Francia, que convidaba á la resistencia. Precisamente en estos instantes, el proceso contra los ultrarrevolucionarios del antiguo Comité aumentaba el influjo de los moderados, alejaba á los independientes de los jacobinos y empujaba la opinión pública hacia los procedimientos pacíficos. En medio de tantas victorias, los ejércitos franceses se hallaban en el mayor desamparo; vivían á expensas de los países conquistados, sin que Francia, exhausta de recursos, pudiese hacer nada para equiparlos y abastecerlos. La inmensa mayoría de la población pedía á voz en grito la paz, y el gobierno no tenía más remedio que satisfacer el ferviente voto de la muchedumbre, si no quería sucumbir al peso de la maldición pública. Uno de los observadores más sagaces del tiempo decía: «Si la República no da la paz al pueblo antes de dos meses, el pueblo restablecerá la monarquía». Por todo lo cual, firmar el tratado con Prusia era para el Comité de Salvación pública urgente necesidad; pero sin que por esto entendamos, como entiende Siebel que habria llegado, para satisfacerla, al extremo de evacuar las provincias rhenanas si hubiese en-

contrado resistencia invencible. Esto jamás lo hubiese hecho el gobierno de un pueblo tan patriota como el francés, que había logrado con su gigantesco esfuerzo esclavizar á la victoria y que lo mismo podía concluir la paz con Austria que con Prusia. Lo que sí puede afirmarse, en general, es que, una vez empezadas las negociaciones, Goltz y Barthelemi se hallaban casi en la misma disposición de ánimo, convencido cada uno de que tendría que ceder si el otro resistía, y en esta situación la ventaja sería de aquel que tuviese más sagacidad, más carácter y confianza en sí mismo, en las cuales prendas sobresalían entonces los franceses, y suya fué la victoria en el Congreso, como lo había sido en los campos de batalla.

El veintiséis de Enero celebraron Goltz y Barthelemi la primera conferencia oficial, en la que el primero propuso y el segundo aceptó la suspensión de armas mientras durasen las negociaciones. No anduvieron cuerdos en este punto los plenipotenciarios. Lo mismo el gabinete de Berlín que el Comité de Salvación pública les desautorizaron, ordenándoles que se dejasen de suspensión de hostilidades, y tratasen de entenderse cuanto antes acerca de la paz. «Haremos todo lo que pueda apresurar la conclusión del tratado, escribía el Comité á Barthelemi, y rechazamos la suspensión de armas sólo porque tememos que retardaría el cumplimiento de nuestro deseo». Interrumpió por un instante las negociaciones la inesperada muerte del conde de Goltz, á quien reemplazó provisionalmente Harnier, que fué el que recibió el trece de Febrero las instrucciones redactadas por Haugwitz, con el encargo de expresar el deseo de que el Comité de Salvación pública presentase un proyecto de tratado. Barthelemi accedió á todos los extremos de la instrucción; no así su gobierno, á quien causó gran contrariedad lo de aplazar la cesión de las provincias rhenanas hasta la paz general. «Prusia suscita todas las dificultades, escribió el primero de Marzo á Barthelemi; su repugnancia á cedernos los países conquistados nos hace dudar de su sinceridad; retiramos, pues, la promesa que le hemos hecho de no hostilizarla, y daremos á nuestros generales la orden de que tomen por regla de conducta las conveniencias militares». Pero estas amenazas eran simuladas; sólo tenían por objeto asustar. El once de Marzo, el Comité envió á su embajador el proyecto de tratado, en consonancia con las bases sentadas por Haugwitz. Eran sus puntos capitales: que habría paz y amistad entre la república y el rey, considerado ya como rey, ya como elector del imperio; que ninguna de las partes contratantes ayudaría al enemigo de la otra ni le daría paso por sus dominios; que las tropas francesas evacuarían las provincias prusianas de la margen derecha del Rhin, pero seguirían ocupando las de la izquierda; que estas provincias correrían, cuando la paz general, la suerte de las del imperio situadas en la misma margen (artículo sexto), y que Francia aceptaría los buenos oficios del rey para con los Estados del imperio que quisieran negociar directamente con la república (artículo noveno). Añadía-se un *post-scriptum*, pero cuya aceptación no se exigía como condición del tratado. «Para

poner, decía el Comité, nuestras relaciones con Prusia en armonía con nuestro sistema general, deseamos que, por un artículo secreto, Prusia acceda á un plan de neutralidad armada, ya de alianza con Suecia, Dinamarca y tal vez Holanda. Si Prusia rechaza esta proposición, no insistiremos; pero esperamos que en todo lo demás se llegará en Breve á término satisfactorio».—«Este es nuestro *ultimatum*, escribía aún el Comité con fecha diez y seis, cualquier plazo nos causaría hondo disgusto»; y el diez y nueve volvía á la carga en frases más apremiantes: «Despachad, tratad, los instantes son preciosos; si la paz no se concluye, cada día que pasa es un día perdido para el triunfo de nuestros ejércitos, los cuales, sin estas negociaciones, ha tiempo que se pasearían por comarcas fércas, en vez de morir de hambre en países esquilados». Por donde se ve bien claro cuánto le urgía al Comité la conclusión de la paz.

No fué Harnier el que la concluyó, sino Hardenberg, nombrado el veintiocho de Febrero para sustituir al conde de Goltz. Instruido y despejado, de fáciles y elegantes formas, de amplio criterio y temperamento ardiente, Hardenberg, sin tener nada de la grandeza del héroe, se hallaba á la altura de la situación y muy por cima, en vigor y carácter, de Haugwitz y del rey. Pensaba que la paz debía concluirse, aun en el caso de que Austria é Inglaterra siguiesen en armas; pero sin nada de alianza, limitándose á la mera neutralidad, lo mismo para Prusia que para los Estados del Imperio que hiciesen causa común con ella. «Esta neutralidad, decía, es tan necesaria é importante para Francia, que se la obtendrá sin sacrificio de territorio, por poca firmeza que se tenga». Pensando así, sintió gran contrariedad al leer las instrucciones que le dió su gobierno al partir, en las que se accedía á ceder las provincias rhenanas mediante indemnización y debiendo consignarse esta cesión en artículo aparte y secreto, y se le encargaba pedir el Rhin como línea de demarcación militar, reservar á Prusia notable influencia en el arreglo de los asuntos alemanes, cuando la paz general, y procurar una indemnización conveniente para la casa de Orange. Ya en camino, en Brisgau, recibió Hardenberg el *ultimatum* francés, y como viese que nada se decía en él de indemnización por las provincias rhenanas, ni de línea de demarcación, ni de los intereses de la casa de Orange, aprovechó el diez y seis de Marzo para insistir con los ministros. «Francia, dijo, tiene el mayor interés en separarnos de la coalición, y con tal de alcanzar este fin, aceptará nuestro *ultimatum*. Por esto deseo tener dos cuerdas para mi arco, tomando una actitud belicosa en el caso de no aceptarse mis proposiciones». Este proceder, no obstante ser el más cuerdo, sacó de quicio á Alveesleben, cuyos nervios se crispaban con sólo oír hablar de guerra, y Haugwitz le contestó declarando que el artículo seis satisfacía los deseos de Prusia, siempre que fuese secreto y se prometiese indemnización; que la neutralidad armada, propuesta en el *post-scriptum*, ofrecía coyuntura para pedir la línea de demarcación, y que, en cuanto á la casa de Orange, sin dejar de hacer por ella cuanto se pudiese, no debía subor-

dinarse la paz á sus destinos. En suma, Hardenberg se quedó sin la segunda cuerda para su arco.

En la primera conferencia que celebró en Basilea con Barthelemi, el veintiuno de Marzo, Hardenberg propuso, después de haber presentado el contraproyecto de tratado, las modificaciones consabidas al artículo seis. El Comité de Salvación pública las rechazó primero: «persistimos en querer, contestó, nuestro artículo seis sin párrafos secretos»; mas cuatro días después, las aceptó. Propuso luego Hardenberg, que por un codicilo al artículo nueve, Francia se comprometiese á abstenerse, durante tres meses, de tratar como enemigo á cualquier Estado de la margen derecha del Rhin, que reclamase la intervención de Prusia. A lo que contestó el Comité indignado: «Ojos sospechosos miraban á Hardenberg como ministro de la coalición. Semejante codicilo es inadmisibile; nos ataría de pies y manos en la margen derecha del Rhin, porque el Estado que viese nuestras tropas acercarse reclamaría la intervención prusiana y se colocaría de esta suerte, durante la cuarta parte del año, al abrigo de nuestros ataques. Nos falta ya la paciencia, no consentimos más demora; necesitamos un sí ó un no definitivo é inmediato». Antes de que se recibiese en Basilea este despacho, fechado el treinta de Marzo, ya los plenipotenciarios se habían entendido acerca del punto principal, el artículo sexto, conviniendo en que las tropas francesas quedarían en posesión de las provincias prusianas de la margen izquierda del Rhin, aplazándose la suerte definitiva de éstas hasta la pacificación general, y en artículo secreto, que si el Imperio abandonaba también los Estados de aquella banda del Rhin á la República, el rey otorgaría á ésta cesión formal de sus provincias, mediante indemnización de territorio equivalente. No obstante el despacho del treinta, como Hardenberg se mantuviese inquebrantable en lo del codicilo, Barthelemi se decidió por su cuenta á aceptarlo, firmándose, en fin, el cinco de Abril del noventa y cinco la paz, que el Comité ratificó el nueve del propio mes.

En Berlín, la paz de Basilea fué recibida con alegría por la esperanza de la rica compensación y de sustraer en breve á la influencia austriaca la mayor parte de los Estados del Imperio; en París, fué saludada con entusiastas vítores por la Convención y por el pueblo. Al mes de firmada esta paz, el diez y seis de Mayo, la República francesa, por gestiones de Sieyes y Rewbell, que adquirían de día en día posición más culminante entre los partidarios del engrandecimiento territorial, concluyó con la República de las Provincias Unidas un tratado de alianza, por el que ésta se comprometió á suministrar á la primera para la próxima campaña ocho navíos de línea, diez y ocho fragatas y la mitad de su ejército terrestre; pagar cien millones de florines por gastos de guerra; ceder la Flandes holandesa, y declarar el puerto de Zelandia común á las dos naciones, francesa y holandesa, y libre á entrambas naciones la navegación por el Rhin, el Mosa y los dos brazos del Escalda. A cambio de la Flandes holandesa, Francia prometía entregar á los Países

Bajos los territorios de Cleves y Güeldres, sustraídos á Prusia. Despojo injustificable y que debió lastimar profundamente el sentimiento nacional de los holandeses, fué el que se llevaron los vencedores á París las espléndidas galerías de pintura é historia natural del Estatúder, considerándolas como botín de guerra. Que las naciones, bajo el influjo de la territorialidad, se mutilaran arrancándose las unas á las otras pedazos de su cuerpo, porciones del territorio, era irremediable en la fase de salvaje egoísmo en que aun se hallaban; pero arrancarse también pedazos de su alma, las obras más preciadas del espíritu colectivo, los elementos más valiosos de su cultura, esto á nadie se le había ocurrido hasta entonces y nadie menos autorizado á ejecutarlo que los franceses, que acababan de romper con el privilegio del suelo escribiendo los derechos del hombre. Muy otra fué la suerte de Bélgica. Después de profunda y solemne discusión en la Convención, fué anexionada á la República francesa, con gran satisfacción de sus habitantes, por decreto de primero de Octubre. Razón tenía ahora Francia para sentirse orgullosa. Su poderío era superior al que habían alcanzado nunca sus más preclaros reyes. Las demás naciones de Europa la miraban consternadas. En diez y siete meses, había ganado veintisiete batallas y ciento veinte combates; había tomado ciento diez y seis plazas fuertes, y se había incorporado, por anexión voluntaria, por conquista ó por alianza, inmensos territorios y trece millones de almas. El cuadro de estas victorias y de estas conquistas se colgó en el salón de la Convención. La República francesa había dado realidad á los más grandes sueños de ambición de sus antiguos reyes, y ejecutado el pensamiento del gran Richelieu, de que Francia viniese á ser lo que había sido la antigua Galia, juntando bajo su mano todo lo comprendido entre el Rhin, los Alpes, los dos mares y los Pirineos. No hay que olvidar que á tan maravilloso resultado habría contribuido poderosamente la simpatía de los pueblos, siendo exactísimo lo que decía el *Registro Anual* inglés: «Las clases inferiores, en toda Europa, reprueban la coalición contra la República francesa, y la llaman la guerra de los reyes contra los pueblos».

En Viena, la paz de Basilea causó general consternación. Thugut perdió los estribos. «La traición de Prusia es manifiesta, escribía á Cobentzel el veinte de Abril; son de temer por su parte los proyectos más pérfidos y ambiciosos». ¡Pobre Federico Guillermo!, que injustamente se le juzgaba! Los pérfidos proyectos sólo estaban en la calenturienta cabeza de Thugut, á quien el temor hacía ver fantasmas, como la de suponer que Francia y Prusia habían convenido restablecer á Polonia. Bajo el dominio de estas visiones, todo le parecía poco al ministro austriaco para cortar las garras al que reputaba terrible monstruo. Excogitó, por una parte, despojar á Prusia de las provincias polacas que había adquirido en los repartos del setenta y dos, noventa y tres y noventa y cinco, formando con ellas un nuevo reino, que Catalina podría dar á quien quisiese; por otra, concluir la paz con Francia. «La crisis es terrible, decía; hay que tomar medidas proporcionadas á ella». Lo más